

Alberto Gerchunoff en el meñique

ADELAIDA GIGLI

Alberto Gerchunoff se maneja con facilidad entre las cosas del mundo, no porque *esté de vuelta* de ellas sino porque las ama. Hay algo de socarrona ingenuidad en su ironía, en esa fe de progresista o de empecinado sagaz, que adopta concientemente esa fe para superar la cara fea del mundo, para poder vivir, para alentar a las gentes. Porque también cree en la humanidad y en el amor y en la belleza.

En sus proyectos hay redimidos y condenados, queriendo descubrir el mundo así, para solucionarlo, para hallar un sentido que legitime la dolorosa aventura, para no perderse en lo monstruoso. Sin embargo, nunca deja de comprender que detrás de la verdad que ha elegido se esconde la desesperación absoluta, otra verdad que es la injusticia. Por eso trata azarosamente de eliminar la duda, ya que conociendo mucho el dolor se arriesga a vetarlo —esquivando el remordimiento— para ennoblecerse, proclamando una realidad mejor. Porque también cree en el pueblo y en la liberación del hombre, y exalta el plan que concibe, materializándolo casi, casi haciéndolo deseable.

Improvisa y determina. Vaticina y valora, sin confeccionar una humanidad puerilmente higienizada sino una humanidad rescatada, dueña de las pequeñas mezquindades y de la gloria, una auténtica humanidad laboriosa. Son los mismos seres de siempre, ahora embellecidos misteriosamente. Y todo esto es su mensaje, dicho con sus trabajadas palabras de hombre que puede admirar a otros y de otros recibir el credo.

Y todo esto son los *gauchos judíos*: la historia maravillosa de un pueblo respetuoso, dueño de avaricias y de grandes sueños —éstos eran aún irrealizables— que busca en la costa extraña y amplía su derecho milenariamente negado. Son los viejos judíos arrastrando sus libros y sus recuerdos crueles; los viejos judíos engrandecidos por el extraño fenómeno de tradición, de ser no lo que se es, sino lo que se ha acumulado a través de las generaciones y de la fábula, por ese extraño poder que otorga —delante de los otros pueblos— el sufrimiento, el ser prácticamente menos, la impotencia, la aceptación, la humildad, poder que quiere decir “no peligrosos, ya vencidos”. Y Gerchu-

noff lo sabía. Sabía que arraigándose en las distintas naciones, alterada la raza al contacto de los nuevos cielos (más amplios pero menos conmovedores que el de Jerusalem, menos verídicos, menos certeros), derrotada y nuevamente temida, se conseguiría la paz. No quería perdurar en el pecado; quería —sí— adquirir todos los dones siniestros de la vida, quería ser igual a todos, quería resucitar y desmentir el mito de las razas. Porque los vicios son comunes a todos y la virtud igualmente asequible.

Y este su primer libro —el más hermoso, el más fresco, el más genuino, no por ignorancia sino por sabiduría— Alberto Gerchunoff, manejando diestramente la narración, consigue la imagen exacta de ese extraordinario *ensamble* que propicia: el de su triste pueblo, con ese otro bárbaro e impugnable; los judíos conocedores de Dios, rebeldes sólo a su orden, con los gauchos incultos y taimados, poseedores —apenas— de una confusa leyenda de guerrillas recientes y de toscas payadas; el hombre legendario y dolido, con el facón ligero y malvado; las largas huidas inmaculadas, con la tierra caliente y oscura. Y de este conflicto surge victorioso *el gaucho judío*, el hombre que evadiendo la liturgia cerrada de su raza, perdido el poder divino, alcanza la libertad al ser igual a todos, positivo, esencial (es la imagen de Raquel, o de Rebeca, o de Sara, o de Débora que, suelta la cabellera —símbolo de rebeldía y liberación— en ancas de un caballo criollo se pierde en el horizonte de la llanura).

La magnificencia del relato radica en la espiritual naturaleza del autor, que consigue precisar sin prejuicios aparentes, sin preferencias (porque está abierto a todas las cosas bellas, a las que erige como verdad unívoca) a los personajes, como si estuviese confesando al mundo (así el rencor del matarife —el consejero— contra los judíos adaptados; así el rencor del *ladeao* —el peón— contra los solemnes gringos).

Tanta es su imparcialidad que no nos trasmite una vigorosa historia autobiográfica, sino una crónica que es poesía, llena de ternura (ternura y objetividad a la vez, tanto para narrar la muerte de su padre, como para describir a la moza que seca el sudor de su frente con la trenza). Todo es lo mismo, el mismo fragor, el mismo cariño; su pasión no radica en el acento de la narración, sino en la adjetivación. Su pasión y su especulación: otorga a los personajes profundidad poética, sencillamente, al determinarlos con epítetos precisos y preciosos (los judíos son talmúdicos-bíblicos-arcaicos) que poseen de por sí contenido mágico. Con este ardid no necesita explayarse más, el encanto se ha conseguido, están descriptas ya las muchachas siempre hermosas y las mujeres abnegadas y lamentables.

El paisaje brota calladamente, no como personaje indivi-

dualizado, sino como ámbito, necesitando sólo de leves connotaciones. Y es Entre Ríos y no otro lugar. Y son hombres y mujeres, al fin nacidos del mismo misterio, aterrorizados por iguales cosas. Así la narración fluye espontáneamente, dándole calidad de fábula, como en la Biblia, con la *emoción de las pequeñas sabidurías*, que en este caso es el canto al vivir bien, a la eliminación de lo fatídico para elegir la paz, una vez legalizado el pasado.

Es que Alberto Gerchunoff da su vida, ocultamente, como Cristo, para salvar e inducir a los suyos, sin alardes, como si estuviese inventando algo muy soñado y lejano. Una escusa, una ley, una apología.